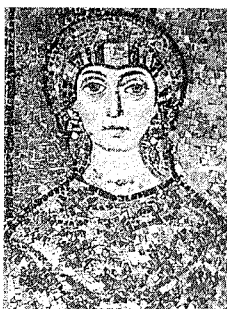


Siguiendo la estación del desencanto



Patricia Rey Romero*

*"... y de que estoy por creer que
estas enfermedades que la poesía no curó
tampoco son ningún inequívoco signo
de la pretendida lucidez de los poetas."*

Darío Jaramillo Agudelo

Solamente los verdaderos nombres, los valiosos e importantes, son los que permanecen en la historia; los demás, respuestas fútiles a momentos fugaces, se van con las modas y desaparecen sin dejar ningún recuerdo en la memoria.

Siguiendo el curso de las letras colombianas, y especialmente el de la poesía, se puede recordar el libro de Harold Alvarado Tenorio, titulado *Una generación desencantada*. En él, el poeta y crítico, hacía una compilación de la obra de autores colombianos que

publicaron sus primeros libros en la época de los setentas, quienes habían nacido entre mil novecientos treinta y cinco y mil novecientos cincuenta. Aparecían Giovanni Quessep, José Manuel Arango, Harold Alvarado Tenorio, María Mercedes Carranza, Juan Manuel Roca, Darío Jaramillo Agudelo y Juan Gustavo Cobo Borda.

El desencanto, el desasosiego, la duda frente al papel del poeta y de la poesía; la ambivalencia ante la vida, resultante de una visión pesimista, y en ocasiones cínica de la existencia

humana, en la cual el desfado, la irreverencia y el escepticismo se mezclaban como elementos comunes de la expresión —exceptuando a Quessep, quien todavía conserva rasgos idealistas— eran el eje común de la temática y desarrollo de su obra. El canto de una generación, que nombró el amor conociendo su fugacidad, o que lo liberó de toda parafernalia romántica, llevándolo a los caminos de la cotidianidad; que amó profundamente su poesía, sin

*Magister en Literatura
Pontificia Universidad Javeriana

saber que lo hacía, y que enarboló banderas de nuevas rutas, lejos del amaneramiento o la ilusión de un mundo artificial.

La Generación del Desencanto, del desenmascaramiento de una patria boba y provinciana, que se entrelazaba al mundo entre el flagelo de la dictadura militar y el nacimiento y "entronización" del Frente Nacional. Herederos de un país dividido y pacificado a la fuerza, ya que la situación de represión y opresión milenaria se mantenía, en el cual, el poder cambiaba de manos, pero no de dueños.

Contemporáneos de los sueños iniciales del rock y de las notas vibrantes que recorrieron al mundo transformándolo, entre las canciones de los Beatles, crecieron, entre el recuerdo de los padres y los abuelos, de la violencia partidista. Por eso, tal vez, ante tanto muerto, tanto chantaje y tanta mentira, su respuesta fue la desazón. Poemas del desenmascaramiento y el absurdo, en los cuales, dos versos pueden decir más verdades que un documental; así por ejemplo, en *Arenga de uno que no fue a la guerra*, Juan Manuel Roca escribía:

*"Y luego oírlos hablar de la paz/
Al pie de la legión de las estatuas."*¹

El horror y la conciencia del que escribe frente a su impotencia, se manifiestan en este poema de Cobo Borda: —Poesía comprometida—

*"El gesto inútil/
de escribir en las paredes/
mientras el tirano inventa/
novedosos suplicios."*² /

No solamente se desmitificaba la ingenua creencia de un poder al servicio del pueblo y de la paz, también se bajaron de los altares los

finiseculares valores patrios, y religiosos, mutados y ennegrecidos por las "versiones oficiales":

*"...Te han llenado la boca
de paja, Simón,/ te han vuelto estatua, /
medalla, estampilla/
y hasta billete de banco."/*

*Porque no todos los ríos
van a dar a la mar,/
algunos terminan en las academias,/
en los pergaminos,
en los marcos dorados:/
Lo que también es el morir..."*³

En los anteriores versos de María Mercedes Carranza, la poesía denuncia el estatismo y mediocridad de una sociedad que valiéndose de sus verdaderos valores, los ha acomodado a las necesidades de cada poder de turno; de la momificación, de la muerte de los símbolos más valiosos de nuestra historia.

Ante un país que se derrumbaba, la poesía sobresaliente de estos escritores mostraba la respuesta del arte ante la realidad. Eran la voz de la lente de aumento que recordaba a los miopes su carencia, con el lenguaje objetivo de quien no se quiere dejar engañar, ni engaña.

Entre ellos, el idealista y romántico Quessep, todavía cantaba al amor y la belleza, se fundía con la naturaleza y hacía de su poesía un mundo diferente al de la realidad; o tal vez, lo que pasaba, era que miraba con otros ojos, y de su retina todavía no se habían borrado imágenes dulces, figuras gráciles y tiernas que existieron, que perduraban perdidas entre el fragor de la violencia y el desconsuelo. Era el mayor en edad, por eso quizás creció entre vientos distintos; sin embargo, la soledad del poeta y su penuria anímica, el paso ineludible de la muerte y la conciencia de la diferencia

entre Suramérica y el mundo ideal europeo, eran la constante de su canto en aquellos días.

Su lenguaje, siempre acompañado de flores y de lunas; se vertía en poemas de nostalgia y melancolía. El desencanto se expresaba en una voz más tenue, no era sarcástico o agresivo; era delicadamente triste.

*"¿No es ésta la desdicha,/
hacer del alma un sueño/
como a esas reinas de
la muerte, blancas,/
que sólo guardan sombras,
azules de otra luna?"*⁴ /

Frente a las preguntas casi silenciosas, con sordina, del poeta de San Onofre, al mismo tiempo que su melodía cuestionaba sutilmente en lo profundo; la violencia de la tortura, expresada en un realismo cruento se difundía en la poesía de José Manuel Arango. La denuncia textual, seleccionada para su poema *Vendados y Desnudos*, aterroriza al lector en un hiperrealismo siniestro. Muestra el dolor en su acepción más terrible, devela la dominación brutal que lacera y mutila: —Vendados y desnudos—

*"Vendados y desnudos,
fueron pateados/
en el vientre y los testículos,
y colgados de las/
manos atadas a la espalda.
Les enterraron agujas/
bajo las uñas. Les metieron
palos y tubos por/
la boca. Los sometieron
a simulacros de
fusilamiento. /
Los privaron de alimentos y de
sueño,/
obligándolos a permanecer
de pie día y noche,/
desnudos. Les aplicaron choques
eléctricos. Los/
sumergieron en charcos de agua
helada..."*⁵

¹ALVARADO TENORIO, Harold. Una generación desencantada. Universidad Nacional de Colombia. Bogotá, 1985, pp. 152.

²Ibid. pp. 196.

³Ibid. pp. 127.

⁴Ibid. pp. 52.

⁵Ibid. pp. 33.



Eran diferentes maneras de enfrentarse al mundo circundante, pero con un desgarramiento común. Quessep, entre figuras etéreas, nocturnas, cadenciosas y floridas; Arango, queriendo agujerear con sus denuncias; María Mercedes, en un cinismo irreverente; Roca, con metáforas de desencanto; Cobo Borda, en palabras directas que creaban figuras alegóricas. Completan el grupo Darío Jaramillo Agudelo y el compilador Harold Alvarado Tenorio.

Jaramillo, en una poesía dialogal, que por sus figuras, estructuras e intensidad, penetra en las más profundas interioridades, dando paso a una realidad descuadrada y rota que exalta la vacuidad de la existencia. De uno de sus poemas más conocidos: *Razones del ausente*, se desprende este fragmento:

*"... que ya no cree en nada ni en
nadie y mucho menos en/
él mismo, que tantas cosas que vio/
apagaron su mirada y ahora,*

*ciego, necesita del tacto,/
díganle/
que alguna vez tuvo un leve rescoldo
de fe en Dios, en/
un día de sol, díganle
que hubo palabras/
que le hicieron creer en el amor y
luego supo que el/
amor dura/
lo que dura una palabra."...⁶*

La nostalgia, el desengaño y la decepción, rodeaban las palabras de este poeta. Con una fluidez que rueda libre de verso en verso, cuenta las historias de la soledad; de las vidas solas. Del hombre: solo. Biografías imaginarias y razones huecas construían su obra poética para aquellos días. La sinrazón de la existencia y la necesidad finalmente de nada; crea personajes desposeídos, amnésicos; fantasmas que transitan por un mundo sin sentido ni fundamentos.

Alvarado Tenorio, poseedor de una gran obra ya para esa época, encontró

también en los diferentes sitios en los que vivió, el dolor de la deshabitación, la infelicidad del individuo en las urbes, la soledad continua de la existencia. Su descripción de Bogotá, ronda entre el frío de sus calles y la tristeza de sus habitantes:

*"...Nada dicen a ellos
las señales de muerte/
Que castigan las calles/
Ni el olor de ánima yacente/
Que exhalan los duros mediodías/
De marzo./
La vida va dando tumbos/
Y el ladrón y el ministro/
Duermen un sueño/
Que dura ya cuatro siglos./
· Sólo los locos,
pululando en las plazas,/
Son felices."⁷*

Este era el concierto de las voces del desencanto. Conciencia, dolor, denuncia, desconsuelo. Todos marcados con el mismo estigma. No había nada bueno para nadie; ni la vida, ni el amor, ni la poesía eran suficientes para soportar la

⁶Ibid. pp. 172.

⁷Ibid. pp. 80.

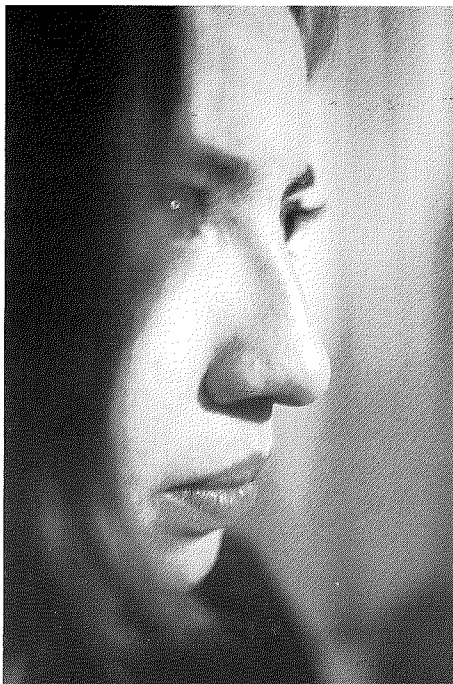
existencia. Sin embargo, escribían, y aunque en sus mismos poemas confesarán la aparente inutilidad de sus escritos, no se callaron más.

Los caminos que siguieron

Once años después de la presentación de este panorama, en un país sumido de nuevo, o mejor dicho, todavía circunscrito en los brazos de la muerte y la brutalidad; refundido y quebrantado hasta sus bases más profundas por la corrupción y el capitalismo salvaje, que ejecuta silenciosamente a su desamparado pueblo; estos mismos nombres (excepción respetuosa de Juan Manuel Arango, de quien no se pudo encontrar más información), se circunscriben en el panorama de las letras nacionales, con más textos y un desempeño que merodea también por otros campos.

¿Qué quedó de ese desencanto? Sin lugar a dudas, más arte; nuevos libros, que se estructuraron con el paso y los cambios del tiempo. Cada uno siguió su camino y redondeó una obra personal. Todavía despliegan su voz en los diferentes rincones del país en donde habitan. Permanecen las palabras dichas, como un compromiso con la historia, con la propia vida, con la coherencia de cada nuevo verso. Vinieron nuevas imágenes, prendidas del amor o la fortuna, navegaron veleros diferentes y se instalaron, de alguna manera en este mundo.

La crítica, revertida en muchos artículos, ocupa gran parte de la vida de algunos; en otros casos, la docencia universitaria, también la dirección de instituciones culturales o la de publicaciones culturales. Han seguido viviendo y produciendo; lo anterior no fue un relampagueante momento, un instante luminoso de introspección o la fotografía fugaz de una época. Han sido fieles al oficio. La Generación Desencantada, a pesar del



desengaño, ha construido un mundo poético de distintas facetas, que alimenta las nuevas voces y conserva un sitio de privilegio.

Todos ellos, han superado los límites de la nación y son conocidos en otros países. El valor de la obra de algunos, ha hecho méritos para la publicación de sus antologías y han surcado gozosos las páginas de los principales diarios del país. Son el eje conductor del camino poético de Colombia, y señalan derroteros para la poesía contemporánea.

Así, como herederos de Silva y de De Greiff, habitantes de otras épocas, pero de los mismos paisajes y quimeras, estos poetas han construido la vía de una poesía que se enmarca en un país en el cual se conjugan promesas y esperanzas; en el que crecen generaciones que buscan desesperadamente las vías para su propia expresión y para la validación de sus propias vivencias.

En el lapso de este tiempo, 1985–1996, las grietas denunciadas, han crecido; las costumbres se han

metamorfoseado y nuevos nubarrones han cubierto el horizonte. La poesía se ha desarrollado en diferentes vías, teniéndose un mayor contacto e intercambio con poetas de otros países. El mundo cultural de las principales ciudades se ha ampliado y se ha hecho mayor la cantidad de publicaciones. La labor de María Mercedes Carranza desde la dirección de la Casa de Poesía Silva, ha abierto las puertas a poetas jóvenes, lo mismo que para la compilación de la obra de los principales autores colombianos.

La difusión de nuevas voces, ha tenido eco e impulso desde las páginas del *Magazín Dominical* del diario *El Espectador*, bajo la mano de Juan Manuel Roca; el estudio expedito de las obras colombianas y latinoamericanas se realiza en la Universidad Nacional, bajo la crítica visión de Alvarado Tenorio. Quessep continúa su labor docente y creadora desde la Universidad del Cauca; una antología como reconocimiento a la obra de Jaramillo Agudelo, ya fue publicada por Monte Avila; Cobo Borda se consolidó como crítico e investigador, amén de su propia obra poética.

Los encuentros de poesía y poetas se han vuelto tradicionales en nuestro país, han crecido las editoriales y se distribuye un número de libros mucho mayor. La cantidad de textos poéticos aumenta, lo mismo que los escritores y críticos. Pareciera por todo lo anterior, que el ambiente para el desarrollo de la poesía en un país de poetas, es propicio.

Sin embargo, la verdadera situación del país, con sus crisis políticas, económicas y éticas; el creciente costo de los libros, la poca rentabilidad para las editoriales que conlleva la publicación de poemas; la desigual competencia con el mundo del video y la apatía de la juventud hacia la lectura y todo aquello que requiera un “esfuerzo” mayor de la simple

observación o audición automática, ponen en considerable desventaja a la manifestación poética.

Ahora, nuestras nuevas generaciones no están desencantadas, lo cual significa haber tenido ilusiones e ideales anteriores y demuestra la necesidad de un mundo mejor para vivir; están ahitas: mastican su existencia entre la instantaneidad de un sexo sin preámbulos ni significado más allá del de la simple satisfacción, navegan huérfanas ante la apabullante competencia del mercantilismo y el degradante utilitarismo. Emergen acéfalas frente a las modas y el desconocimiento total de las ambigüedades y erratas de su contexto. No hay cuestionamientos ni intereses trascendentales, solamente una acumulación de instantes perdidos en el limbo de la inconsciencia.

El desencanto expresa sentimientos, conciencia, necesidad de respuestas más humanas, búsqueda de mejores parámetros de vida. Esa generación buscaba entre sus versos, a pesar del desconsuelo; la expresión de esa nostalgia, de ese resquebrajamiento del alma. Tenía corazón y denunciaba la injusticia; se dolía de la desolación. Qué lejanos parecen esos tiempos en los que el hombre todavía se daba el lujo de sentir.

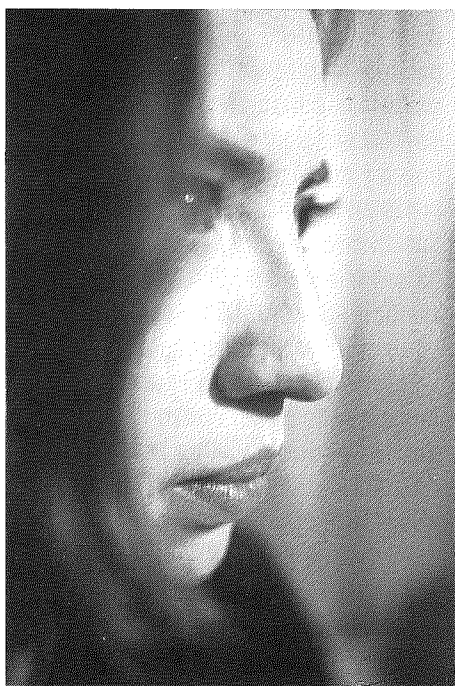
El poeta, aunque piense que su labor es inútil, ejerce la noble tarea de ser conciencia y premonición de ilusiones. Amasa en cada palabra la humanidad y la nobleza del ser humano. Entre su desarraigo y su desconsuelo, a pesar de la escurridiza permanencia del amor, del triunfo fallido. Hace más de una decena de años, un grupo de cultores de la palabra, fue reunido en las páginas de un libro; ahora ¿qué vigencia tienen sus versos?

Con una sociedad de fines de los noventa, que tiene en sus jóvenes características anteriormente anotadas, ¿qué papel tiene el poeta de ayer, que sobrevivió artísticamente y todavía escribe?

Tal vez, el desencanto crezca y lleve a obras más pesimistas. También es posible que cada uno encuentre nuevos motivos y enarbole poemas estructurantes de una nueva estética y revitalice valores perdidos. Es evidente sin embargo, que se han mantenido y su aporte y comunicación con el mundo no se pierden en el silencio. En esta forma, su fidelidad a la poesía les ha hecho manifestarse y redimirse a ellos mismos. Qué mayor aliciente que esa labor del que escribe. Su propia conciencia les ha llevado a no abandonar el oficio, y a pesar de los inconvenientes, sus palabras resuenan entre el ensordecedor bullicio de desamornías y ruidajes de fin de siglo.

Y aunque para Darío Jaramillo Agudelo, el amor duraba lo que dura una palabra, también cantó con su corazón enamorado y encontró entonces, la razón de la piel y la existencia:

*"Alabanza de mi noche blanca,
supresión de los
abismos de mi corazón,"*

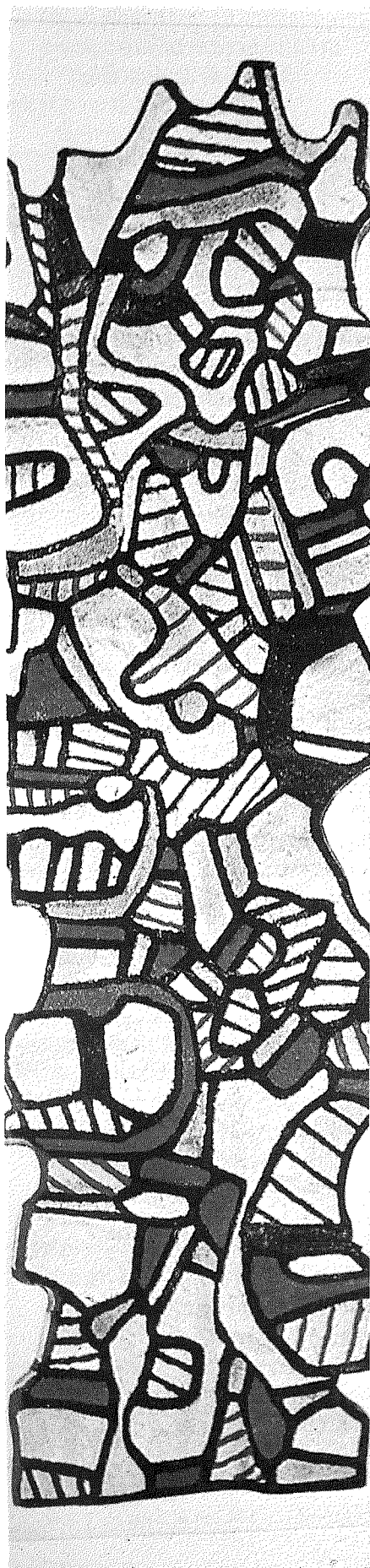


*aniquiladora de mis temores atroces./
Bendita tu caricia y tu palabra,
Señora de la Apacible/
Ronda,/ muchacha mía que detesta
llorar por la mañana,/ muchacha que habla
a solas por la casa y ríe./
Ola frágil, bajo mi cuerpo
ardiente tu cuerpo mío se/
calcina en un delirio de luz/
y entonces somos una sola sustancia.
Flor de mis jadeos y mi éxtasis,
tú la callada, con tu/
mano en mi pecho
diciéndome la claridad/
calladamente,/ permitiéndole al tiempo
transcurrir sobre nosotros sin/
rozarnos,/ nosotros, juntos, los eternos."⁸*

La eternidad que suple el dolor de lo finito, que nos eleva hasta lo inacabable haciéndonos sobrepasar el tiempo, es uno de los arrobamientos del amor. Allí el desencanto termina, para llenar la vida de sentido. Se cambia el mundo y nuestra relación con él. El poeta nos entrega una razón, un valor eterno, el cual, a pesar de la creciente deshumanización, no ha podido aún extinguirse. Todavía hay soñadores que cuentan sus sueños, milagrosamente el dolor del desengaño no agotó la capacidad de amar, de asombrarse con el amado y encontrar otra dimensión de la pasión, que aquí se hace magnífica y renueva; de la ternura, del contacto. La llama de la verdadera humanidad del hombre no ha sido extinguida. En tanto alguien ame están salvaguardados el mundo y el arte.

Si el poeta espere su amor, si sus versos le cantan y le vivifican, no ha sido totalmente triunfante el desconsuelo. Esta es una respuesta posterior, una solución posdatada que al fin llegó y se establece como fundamento de la posible

⁸JARAMILLO AGUDELO, Darío. Antología poética. Monte Avila Editores, Colombia, 1991. pp. 45.



reivindicación del dolor, la miseria y la injusticia. Y aunque corta, la estación del amor redobla la fuerza y el ansia de vivir y de sentir.

La voz de la poesía inventa el mundo y nos muestra sus facetas. Hasta 1985 la voz de esta generación cantó con dolor y descreimiento, pero a su vez, al mismo tiempo o después, encontró que había otras facetas de los seres que permitían encontrar una realidad, que se manifestaba de manera más sutil, pero que tenía el poder de redimir el vacío de la soledad.

A los versos pesimistas, siguió el amor y después de nuevo, con sus pasos de gigante, la ausencia y la remembranza de lo vivido felizmente. Es el poeta, es la poesía. Es el eterno ciclo de la vida, que a veces nos muestra un rostro de la plenitud y en otras ocasiones exhibe la tez cicatrizada del escepticismo, el tedio y el hastío.

Recientemente, el canto de Giovanni Quessep se ha fundido con las imágenes del jardín y del desierto, con el misterio de las hojas y el arrullo del follaje. Se mantiene como ese Quijote que permanece en un mundo soñado, más allá de la vulgaridad de la rutina, de lo evidente. Es el amante de las palabras que se despliegan en cascadas de naturaleza pura. Cantarino en la nostalgia y paisajista clásico; busca y encuentra los secretos de las cosas en sus más pequeños detalles. Sutilmente, en melodía mezzopiano, ha erigido el verso de cadencias de armonioso ritmo. Es un romántico equivocado de época que se mantiene, a pesar de la violencia externa, y las incongruencias del retazo de tiempo que le ha tocado vivir, en un "estado de gracia" poético, más allá de lo inmediato y perecedero.

Por su parte, Cobo Borda ha desarrollado una amplia labor de crítica y difusión de la poesía y narrativa. Sus trabajos se han centrado

principalmente, en el estudio de la obra de García Márquez y José Asunción Silva. Sus textos *América Ladina* y *América es otra cosa*, han marcado con acierto la cultura colombiana. También publicó una *Antología de la poesía hispanoamericana*, recopilando las principales obras de los más destacados poetas de nuestro continente. Sobresalen de la misma manera *Almanaque de versos 1987* y *Todos los poetas son santos*. Su vinculación con el medio intelectual del país y sus aportes al mismo, lo han llevado a desempeñarse en cargos de asesoría y divulgación cultural. Su obra, precisa, próspera y exigente, revela una estructura intelectual coherente y rica que le permite incursionar en diferentes campos literarios con igual solidez y acierto. Vital, en ocasiones ácido y en otras circunspecto, se desenvuelve en la palabra, diligente y seguro; mantiene sin lugar a dudas la energía que exhibió desde sus primeras publicaciones y amplía cada día su universo literario.

El poeta Alvarado Tenorio, ha marcado un hito con un estilo caústico que conserva la irreverencia de las épocas iniciales. Brillante, franco y refinado; su labor se ha circunscrito a la crítica, la traducción, la docencia y la investigación. Su gran conocimiento de la poesía, no solamente en el ámbito de Colombia y Suramérica, sino de todo el mundo, le ha permitido concretar las antologías de Kavafis, Al Mu'tamid, Jorge Manrique, Rubén Darío, Andrés Bello, García Lorca y Jaime Gil de Biedma. Controvertido, con su palabra ha derrumbado mitos literarios y se ha colocado en franca oposición con la crítica que instaura ídolos, a su criterio, sin suficiente valor artístico ni mérito creador, en relación con el panorama mundial y la estética más exigente. Traductor preciosista, deleita a los lectores

hispanoparlantes con páginas de elocuente belleza, recogidas de distintas épocas y países.

La única mujer del grupo, la poeta María Mercedes Carranza, también ha desarrollado una labor de crítica y creación. La revista de la Casa Silva, se ha erigido como una de las principales cultoras de la poesía, siempre en busca de las más valiosas obras de la lírica. Después de 1985, publicó *Vainas, Tengo miedo, Hola soledad* (título que también posee un poema de Jaramillo Agudelo), dirigió el proyecto *Historia de la Poesía Colombiana*, realizado por importantes escritores. Es comentarista de libros para algunos medios de renombrada importancia y se mantiene en la primera línea del mundo cultural colombiano. Dueña de la ironía que endurece y objetiviza la palabra, su obra se mantiene en una línea constante de descreimiento y supervivencia cotidiana. Su visión del amor, sumergido en la maquinaria de la existencia corriente, sin melifluos contoneos, ni organzas, ni alelises; ha dado un enfoque cosmopolita y realista a la vivencia de ese sentimiento. Sin lugar a dudas, ha influenciado a muchas de las nuevas y numerosas mujeres que escriben poesía en nuestro país. Este año, Norma ha publicado un pequeño ejemplar de sus principales poemas amorosos, texto que reinventa y reinterpreta la vivencia de la relación de pareja.

El varias veces premiado Juan Manuel Roca, mantiene su línea purista y clara, que se ha consolidado a través del tiempo. Su amor al agua, a los paisajes, a las preguntas y a los cuerpos, se ha expresado de diferentes maneras en sus nuevos libros. Sus poemas, rutas de palabras para el tiempo, demuestran un gran dominio del lenguaje; la continua labor del oficio. El cuidado e inteligencia con la que trabaja cada

poema, abordan directamente la sensibilidad y la razón del lector. El equilibrio armónico de sus textos, se evidencia en la perfecta relación establecida, entre la imagen y su significado. El tono afectivo de muchas de sus obras, que describe e inventa sabiamente las palabras, acercan sus poemas a los valores más importantes del hombre. Su desencanto, creció, y se transformó en sapiencia, que manifiesta un mundo de riqueza descriptiva, depurada en un criterio estético de selección y coherencia. Su labor en el Magazín del periódico El Espectador, sobresale por la escogencia detallada de las obras reseñadas y por la escritura de artículos de análisis pormenorizado sobre la obra de autores valiosos.

Finalmente, la compacta obra de Darío Jaramillo Agudelo, ha crecido manteniendo su excelente calidad, redondeando la visión del poeta, quien logra una comunicación íntima y vibrante con el lector. En el prólogo de su antología, Rafael Arráiz Lucca acentúa el tono conversacional de su obra y este estilo logra establecer gran proximidad, despertando con la sensibilidad más honda de quien lee. El creador de las Biografías Imaginarias y la serie de Nostalgias, fluye en un río ininterrumpido y cálido, que se opone como estructura y modo de decir, a la temática tratada. La aparente soledad, tristeza y deshabitación del poeta, es expresada en palabras que llegan y acompañan; sus versos crean un universo individual pero integrado con quien lee. Hablar de tú, a la soledad, al parque, al amor lejano; aproxima el universo del poeta al propio y lo toca. Su soledad en realidad nunca está sola, ya que nos interesa y conmueve; habla, cuenta relata, describe. Se torna parte de nuestras vivencias y nos arrastra hacia su mundo privado. Cada poema es una historia que nos pertenece. Su tristeza es hermana de la nuestra y de alguna forma se viste de la misma



manera. La facilidad con que surgen los poemas, los hace gráciles, naturales, limpios, abiertos y generosos. Darío Jaramillo crea el mundo de la lucidez sobria pero afable, con una belleza teñida de ternura. Brinda sus versos como un amante enamorado de lo que dice y a quien lo dice. No hay agresividad, ni dureza; es una corriente magnética que nos atrapa y encanta entre sus frases. Jaramillo Agudelo, creador de la palabra vestida para la seducción y el encuentro.

El concierto de sus voces

A través de este pequeño recorrido, la Generación del Desencanto, ha demostrado su poder de permanencia y validez. Su trabajo poético y literario en general, desarrollado entre los pliegues de la vida y los avatares de una patria violenta e indolente, ha creado universos particulares que se encuentran en distintos recodos y con el correr de los años, han construido el lenguaje poético contemporáneo de nuestro país.

De diferentes regiones, han coincidido en los temas, reflejando preocupaciones comunes; pero al mismo tiempo, han sabido estructurar obras personalísimas que los identifican y enriquecen en el panorama de las letras colombianas.

En sus primeros escritos, establecieron las pautas básicas de su trabajo, y fieles a ellas, han hecho de la palabra su razón de vida. Sus críticas y cuestionamientos, en algunos se transformaron en la erección de otras pautas conceptuales para la expresión, o se han mantenido como la fuente total de sus obras. En ellos se mantiene a pesar del tiempo, la esencia vital del poeta: el dar, y más precisamente, regalarse en cada nuevo verso, continuar perteneciendo a quien lee; entregarse entre razones presentidas, sentidas y estudiadas, a un mundo cada vez más convulso y alejado del sentir. Ellos, gracias a su sensibilidad

y a su labor, han recordado al hombre lo más bello de su existencia; el cuestionamiento, el sentimiento, los ideales, las preguntas fundamentales, la vivencia y apreciación estética.

Queda ahora la nueva expectativa frente a este grupo selecto de autores, ¿qué vendrá? Nos han recordado la levedad de la vida, lo etéreo de la felicidad, la importancia y la belleza del agua, de las hojas, del mar; el dolor de las calles atestadas, la impotencia frente a la tortura. Como ojos y oídos agudos nos han ayudado a mirar y a escuchar, descifrando en sus versos la sabiduría inmemorial de la piel, traduciendo a palabras las sensaciones más recónditas y los secretos nunca olvidados. Sus soledades y desatinos, se han hecho parte de nuestra vida cotidiana, constituyéndose su arte con una herramienta de la hermandad.

Estos poetas nos recuerdan el privilegio candente de la humanidad, y sobre todo nos han enseñado el valor inalienable de la permanencia, del goteo día a día, de la necesidad de convivir con las palabras; de poseerlas, utilizarlas, desdoblarlas, conjugarlas en repetidas y diversas creaciones. El desencanto se transformó, tornándose en fortaleza y trinchera. Solamente aquí y en esta forma es válida la guerra; como el enfrentamiento del significado honroso de escribir, con la pálida miseria de morir siempre callado.

Bibliografía

ALVARADO TENORIO, Harold: *Una generación desencantada*. Universidad Nacional de Colombia. Bogotá, 1985.

QUESSEP, Giovanni: *Antología poética*. Instituto Caro y Cuervo, Santafé de Bogotá, 1993.

JARAMILLO AGUDELO, Darío:

Antología poética. Monte Avila Editores. Colombia, 1991.

CARRANZA, María Mercedes: *Hola soledad*. Oveja negra, Bogotá, 1989.

———. Vainas. Fund. Simón y Lola Guberek. 1986.

———. *Historia de la poesía colombiana*. Casa de Poesía Silva. Bogotá, 1991.

ROCA, Juan Manuel: *La poesía en Pedro Páramo* en, Rev. Magazín Dominical, Santafé de Bogotá, 1996.

COBO BORDA, Juan Gustavo: *Almanaque de versos 1987*. Oveja Negra, Bogotá, 1988.

